

Contemporánea

Sebastián Salazar Bondy

De Gil de Castro a Hernández

CRÓNICA

EL SIGLO XIX es en el Perú el siglo del Romanticismo. Si aquí esta doctrina estética hubiera gravitado con toda su fuerza original habría significado una honda introspección. Infortunadamente fue sólo una parodia del Romanticismo europeo. Traía la escuela un peligroso aliado: la Historia. Y fue la temática histórica la que impidió como una rémora, que el arte peruano se arrancara la herencia de inhibición ante lo propio que recibía de la época colonial. Los románticos peruanos pudieron hacer, a través del paisaje, la primera descripción artística del país. No sucedió así. Tras de Gil de Castro (s. XVIII), hábil retratista de los piaceres, en cuya obra no falta el rasgo personal fino y discreto Ignacio Merino (1826-1868) representan bien este paso en el vacío de arte nacional. Merino es el primer cosmopolita de nuestra pintura y su obra es correlato de la vida mundana y frívola en cuanto rinde culto al éxito fácil. Sus cuadros ("Colón en Salamanca", por ejemplo), carecen de auténtica vida. Laso, mejor dotado que aquél, aprende bien la técnica del arte europeo y trata de hallar en el tema un estilo propio, tal como lo demuestra su "Santa Rosa de Lima", sin lograrlo. Su temprana muerte frustró la madurez que prometía. Montero es superficial y exterior, y su grandilocuencia le hace olvidar la esencia expresiva de la pintura. Así lo evidencia su ambiciosa tela "Los funerales de Atahualpa".

A fines del siglo XIX y a principios del XX florece la pintura llamada pompiere, artificiosa y almidonada. En ese rubro, en mayor o menor grado, hay que localizar a Teófilo Castillo (1857-1922), Carlos Baca Flor (1865-1941) y Daniel Hernández (1856-1932). Castillo se dedica a reconstruir el virreinato, Baca Flor se convierte en retratista objetivo del gran mundo cosmopolita y Hernández, a quien se debe la fundación de la Escuela Nacional de Bellas Artes, elige temas de postal o figuras femeninas e históricas, sin conseguir que ninguna transmita una emoción fuerte y resonante. En resumidas cuentas, son alrededor de cien años de tanteos, de fracasos, de tímidos empeños en pos de un signo característico para el arte de la era re-

publicana, tal como lo había habido en los pueblos aborígenes y durante la Colonia.

EL INDIGENISMO

El fundador del movimiento pictórico conocido con el nombre de Indigenismo fue José Sabogal (1888-1957). Y es en la teoría más que en la práctica donde hay que buscar los méritos de esta escuela pictórica que intenta ver hombre, tierra, naturaleza y vida del Perú como continente del espíritu y, por lo tanto, como dignos de ser interpretados por el arte sin desdén ni rubor. "Buscamos, dijo Sabogal en 1943 definiendo al indigenismo, nuestra identidad integral con nuestro suelo y nuestra humanidad y nuestro tiempo". El indio es el personaje principal de esta pintura que se propone dar a la cultura del país un arte con estilo propio. Al lado de Sabogal sobresalen Julia Codesido, Teresa Carvallo, Camilo Blas y Enrique Camino Brent.

Dentro del movimiento, pero muy singularizado, se halla Mario Urteaga (1875) descubierto por Sabogal, quien es el pintor nativo primitivo, crea con espontánea candorosa. Sus ojos contemplan y su mano reproduce el universo que lo rodea. El paisaje es su tema, y ese paisaje es peruano no sólo porque está dentro de las fronteras de nuestro territorio, sino porque está visto y sustanciado por un individuo que se siente ligado a su comunidad mediante un sentimiento comprometedor.

LOS INDEPENDIENTES

Se agrupan aquí bajo esta dominación general los artistas que en el Perú contemporáneo tal como ha escrito Juan Ríos "siguen la definitiva con signa de Maurice Denis y Paul Sérusier: Acordarse de que un cuadro antes de ser caballo de batalla, una mujer desnuda, o una anécdota cualquiera es esencialmente una superficie plana cubierta de colores reunidos en un cierto orden; y a la firme convicción de que el Arte es Creación y no imitación, constante búsqueda y no rutina en el empleo de recursos escolares". Pertenece a diferentes tendencias: unos trabajan muy pegados a los modelos de París, otros a los de Méjico, otros a sus propias ideas, otros a un complejo de influencias. En general su denominador común es no ser indigenista, pero entre ellos hay algunos que sin estar vinculados a dicho grupo, coinciden con ellos en concebir el arte como manifestación reelaborada de la realidad temporal y espacial en que están incluidos. Algunos nombres importantes de los pintores que aquí llamamos independientes son: Macedonio de la Torre, Ricardo Grau, Juan Manuel Ugarte Eléspuru, Carlos Quispe Asín, Teodoro Núñez Ureta Sabino Soringetti, Alejandro González Anurimac, Ricardo Sánchez, Sérvulo Gutiérrez, Alberto Dávila, Juan Barreto, Cristina Gálvez, Carlota Carvallo, Lily Serpa y otros más que regularmente exponen en las exhibiciones colectivas e individuales de las galerías de Lima.

REALISMO SOCIAL Y ABSTRACCION

Los pintores jóvenes del Perú están divididos, como lo están todos los artistas del mundo, en dos tendencias. Una es el llamado Realismo Social, cuya tesis central es que el artista debe reflejar los padecimientos y las alegrías de su pueblo, sus protestas y sus esperanzas, su presente y su sueño del futuro, estimulando en los espectadores sentimientos de solidaridad, optimismo y fe en sí mismos. Es una pintura con contenido expreso, que representa hechos y personajes. La otra es la Abstracción (llamada también arte no-figurativo o no representativo), que sostiene que el artista debe pintar sólo las formas y colores sin apoyo en el asunto, por el sólo, buscando que la expresión plástica se baste para tocar la sensibilidad del espectador. Entre nosotros, son realistas-sociales Alfredo Ruiz Rosas, Francisco Espinoza Dueñas y Sigfrido Laske, entre otros, y abstractos, Fernando Szyszlo, Emilia Rodríguez y José Bracamonte, tres nombres de un número que sobrepasa la treintena.